

the constantinian period, Washington, D.C., 1954, pp. 287-289) y T. D. Barnes (*Constantine and Eusebius*, vol. I, Cambridge-Mass., 1981, pp. 225-226).

Es asimismo interesante la noticia que en la página 152 recoge el autor de Juliano (*Or.*, 1, 6, 8 c-d). Este testimonio hace referencia a la protección otorgada por Constantino a Atenas en su naturaleza de ciudad universitaria; pero ha de tenerse siempre en cuenta la salvedad expuesta por A. Cameron («The End of the Ancient Universities», en *Cahiers d'Histoire Mondiale*, 10-1, 1966, p. 2), de que en el mundo antiguo existen núcleos de población que por la presencia en ellos de cátedras estables merecen el calificativo de universitarios, aunque no puede hablarse de la existencia de universidades en el sentido actual del término. En este sentido, Constantino actuó respecto a Atenas de la misma forma que posteriormente lo hará Teodosio II, quien consintió que entre 408 y 412 un prefecto del Ilírico, de nombre Herculio, reconstruyera en aquella ciudad la Biblioteca de Adriano, como ha demostrado A. Frantz («From Paganism to Christianity in the Temples of Athens», en *Dumbarton Oaks Papers*, 19, 1965, p. 192). Y aquí nos encontramos ante una línea de investigación de la que L. De Giovanni no se ha ocupado. Si se acepta la fiabilidad de la noticia de Eusebio de Cesarea (*Hist. Eccl.*, VI, 19), expuesta en la página 163 de este libro, de que Orígenes era muy aficionado a la lectura de Platón, se puede analizar bajo un nuevo prisma la prohibición que en 529 impone Justiniano de la continuidad de las enseñanzas filosóficas en Atenas (Juan Malalas, *Chronographia*, 14), que en esta época eran totalmente neoplatónicas. Consistiría, por consiguiente, esta prohibición en un episodio más de la actitud antiorigenista de Justiniano, de la que tenemos un ejemplo en su edicto de condena, datado en febrero de 543 en la ciudad de Jerusalén, de Orígenes y del origenismo (ed. J. D. Mansi, *Sacrorum Conciliorum Ecclesiasticorum nova et amplissima collectio*, t. 9, Berlín, 1901, reimpr., col. 553).

Como conclusión se puede decir que el presente libro constituye un excelente trabajo sobre las relaciones de Constantino con el mundo pagano de su tiempo. Sin embargo, debo criticar que entre las páginas 206 y 208 el autor acepte la veracidad de la biografía del monje Antonio escrita por Atanasio de Alejandría, pues a este respecto yo prefiero creer con B. Steidle («Homo Dei Antonius», en *Antonius Magnus Eremita. 356-1956. Studia Anselmiana*, 38, 1956, pp. 182-183), R. C. Gregg y D. E. Groh (*Early Arianism. A View of Salvation*, Londres, 1981, p. 133) y por último con A. Momigliano (*Problèmes d'historiographie ancienne et moderne*, traducción francesa de E. Cohen, París, 1983, p. 161), que la *Vita Antonii* de Atanasio únicamente es el retrato ideal de un «holy man».

GONZALO FERNÁNDEZ

Universidad de Alcalá de Henares

Berlin und die Antike. Katalog. Architektur. Kuntsgewerbe. Malerei. Skulptur. Theater und Wissenschaft vom 16. Jahrhundert bis heute. Edición de Willmuth Arenhövel. 528 pp., 20 láminas en color y 1.237 ilustraciones en blanco y negro. Deutsches Archäologisches Institut. Berlín, 1979.

Con ocasión del ciento cincuenta aniversario de la fundación del Instituto Arqueológico Alemán, esta institución, en colaboración con los Museos Estatales del Patrimonio Cultural Prusiano, ha preparado el inmenso catálogo, que es hoy objeto

de mi atención y que recoge por medio de una división temática la casi totalidad de las manifestaciones de la vida cultural berlinesa relacionadas con la antigüedad, tanto clásica como del Oriente Próximo, desde el siglo XVI. Asimismo radica el interés del presente libro en proporcionar a cada una de las partes en las que se divide el catálogo, sendas introducciones de tipo histórico.

El prólogo está escrito por Werner Krämer, quien a fin de justificar la edición afirma que Berlín es la metrópoli de la ciencia alemana sobre la antigüedad. Se advierte este hecho en que en 1832, tres años después de la fundación en Roma del Instituto Arqueológico Alemán, se creara en la capital del Reino de Prusia una de sus secciones, e igualmente en que allí se instalase su sede definitiva en 1859. Tal fue la fuerza de la presente institución que desde Berlín se expandería mediante la constitución de tres sucursales («Kommissionen») en Alemania, además de siete divisiones («Abteilungen») y de otras muchas escalas de tamaño más pequeño, las denominadas «Stationen», en el exterior.

Así pues, bajo el título de *Berlin und die Antike*, se estudian por vez primera en este libro el arte y la cultura de una gran ciudad europea, efectuándose la presente labor desde la consideración de múltiples aspectos. Los diversos autores, que en su redacción han participado, analizan también, y con una metodología más crítica y menos historicista que en el pasado, la manera con la que en el transcurso de los siglos el devenir de la representación del arte griego y romano ha dejado en Berlín su impronta.

Tras este prólogo aparece una lista de donantes de préstamos que recoge nombres de entidades públicas, pues en cuanto a aportaciones de particulares, se limita a afirmar textualmente, «así como donantes privados desconocidos». Es digno de señalar el hecho de que en la presente lista no aparezcan citados ningún museo o biblioteca de España, lo que representa un exponente más del pésimo estado en que se encuentra la investigación acerca de las relaciones de cualquier índole que existían entre los titulares de la Monarquía Católica y los electores de Brandenburgo, convertidos posteriormente en reyes de Prusia. E indudablemente, estas relaciones existieron desde el punto de vista político, a juzgar por los hechos de que Joaquín I de Brandenburgo, pese a haber pretendido la corona imperial a la muerte de Maximiliano, ajuste su política a las directrices antiluteranas de Carlos V en las Dietas de Worms y de Augsburgo, celebradas respectivamente en 1521 y 1530, y de que su sucesor, Joaquín II, a pesar de haber aceptado en 1539 la Reforma, ofrezca tres años más tarde al mismo emperador levantar a sus expensas un ejército para luchar contra los turcos.

Pero existieron asimismo relaciones económicas, y así Federico II de Prusia importa ovejas de Castilla para la repoblación ganadera de las cuencas de los ríos Oder, Warthq y Netze, al igual que otras de índole militar, encuadrándose dentro de ellas la visita a Berlín en 1761 de una delegación española a fin de asimilar la nueva táctica prusiana. Finalmente, hubo de tener lugar una serie de intercambios culturales, de los que sirven de ejemplos la paternidad por parte de Federico «el Grande» del actual himno nacional español, al igual que el interés de Federico Guillermo IV por *El Señor de Bembibre* de Enrique Gil y Carrasco, cuando este último estuvo destinado en la legación española ante la corte de Prusia entre 1844 y 1846, con objeto de conseguir el reconocimiento de Isabel II por el gabinete de Berlín.

Después de tres pequeños apartados, destinados el primero a la exposición y catálogo de los organizadores y de las restantes personas merecedoras de figurar en la «tabula gratulatoria», el segundo a las indicaciones de lectura y a las abreviaturas

generales, y el último al enunciado del contenido del libro, aparece la introducción. En ella, Wolfram Hoepfner y Volker Michael Strocka manifiestan que cada época y generación poseen su visión peculiar de la antigüedad griega y romana. Berlín cuenta en este sentido con una tradición, ya que en la Marca de Brandenburgo, dominada desde 1417 por los Hohenzollern, tiene lugar treinta y un años más tarde la recepción del Derecho Romano. Asimismo se produce en la corte de Berlín a lo largo del siglo XVI una imitación de la antigüedad romana en los retratos de los príncipes, habiéndose fundado en 1506 la Universidad de Francfort del Oder y existiendo en la Marca un interés típicamente renacentista por los autores antiguos. Al llegar a este punto, creo sin embargo que es necesario aclarar que los principales escritores del Renacimiento alemán no eran brandenburgueses, pues en lo referente al cultivo de la poesía, los cenáculos de Berlín no se pueden comparar con los que existían coetáneamente en torno a Enrique de Brunswick. Igualmente, de los más sobresalientes historiadores del momento, que eran Salomón Franck y «Aventino» (Johannes Thurmayer), ninguno de los dos había nacido en la Marca de Brandenburgo, pues el primero había visto la luz en Donauwörth, a la vez que el segundo, quien desarrollará en Baviera su actividad historiográfica, tan influida como la de su colega por los modelos clásicos, vino a la vida en Abensberg.

Finalizada la Guerra de los Treinta Años, los estudios acerca de la antigüedad adquirieron gran incremento en Brandenburgo en tiempos de Federico Guillermo, el Gran Elector, cuyo gobierno se extiende entre 1640 y 1688. En su época es visible el influjo clásico en la construcción de arcos de triunfo, costumbre que en ese momento llega a la Marca, en la escultura ecuestre de este príncipe proyectada por Schlüter, y en la publicación bajo los auspicios del propio Federico Guillermo del *Thesaurus Brandenburgicus*, aunque falta decir que con el Gran Elector se inicia en Brandenburgo el interés por el clasicismo. Con Federico Guillermo I, cuyo reinado transcurre entre 1713 y 1740, da comienzo el espartanismo prusiano, si bien sería deseable que los autores de esta introducción hubiesen mencionado como exponente de la incidencia de esta idea en la sociedad un canto de granaderos. Este himno fue compuesto durante el mandato de su sucesor, Federico II, concretamente en el bienio 1756-1757, y la letra de su primera estrofa, debida a Johann Wilhelm Ludwig Gleim, se ajusta perfectamente a todo lo hasta aquí expuesto, porque dice:

Krieg ist mein Lied! Weil alle Welt
Krieg will, so sey es Krieg!
Berlin sey Sparta! Preussens Held
Gekrönt mit Ruhm und Sieg!

Sin duda alguna, el hecho de que el presente canto marcial fuera compuesto bajo Federico «el Grande» no representa obstáculo para que la concepción de Berlín como Esparta se desarrollase en realidad en el decurso del gobierno de su antecesor, pues ya en 1770 había observado durante una visita a Potsdam el musicólogo inglés Charles Burney, que a Federico II no le atraía la música militar y que en lo concerniente a este género continuó las mismas pautas que habían sido señaladas por Federico Guillermo I.

No obstante, el reinado de Federico «el Grande» supuso en palabras de los autores una genuina «vuelta a las Musas». Las campañas bonapartistas desarrollaron a su vez las equiparaciones entre Imperio romano e Imperio napoleónico de una parte, y de los griegos con los alemanes de otra, con lo que Berlín no sería ya la «Spree-Rom»,

sino la «Spree-Athen». Si durante la primera mitad del siglo XIX, los acontecimientos más importantes referentes a la vinculación de Prusia con la antigüedad fueron la creación del Instituto Arqueológico Alemán y el viaje a Grecia de August Boeckh, hasta la Primera Guerra Mundial se produjeron otros eventos de gran significación. Entre ellos hay que reseñar la importancia que toma Berlín como centro de estudios, dotados de gran rigor metodológico, sobre la «Altertumswissenschaft», la constitución de los «Berliner Museen» y de la «Deutsche Orientgesellschaft», las excavaciones de Heinrich Schliemann, y en conclusión, la génesis del neoclasicismo en arte a modo de reacción contra los estilos neorrenacentista y neobarroco de la Alemania guillermina. No obstante, se aprecia también una degeneración del «pathos» en la escultura, que alcanzará su cénit en el período nacionalsocialista y que se patentizará tanto en el gigantismo atentatorio a toda medida humana como en la maciza brutalidad.

Margarete Kühn es la redactora del capítulo que lleva por título «La Universidad de Francfort del Oder y el Humanismo en la Marca de Brandenburgo», y en su contenido manifiesta que ideada esta universidad por el príncipe elector Juan Cicerón, fue fundada en 1506 por su hijo, Joaquín I, contando en el primer año de su existencia con mil alumnos, entre los que había extranjeros como daneses y escandinavos. El proyecto de Juan Cicerón se debió a haber sentido este elector la necesidad de crear en la Marca un centro universitario, ya que hasta entonces los brandenburgueses habían de cursar sus estudios en otras ciudades como Erfurt, Leipzig, Ingolstadt, Maguncia, Cracovia, Viena, Padua, Bolonia y París, aunque a la presente lista yo añadiría a Praga, cuya universidad, fundada en 1348, tenía a principios del siglo XV diez mil estudiantes. Juan Cicerón buscaba con vistas a su emplazamiento un centro mercantil, y lo halló en Francfort del Oder, y así del nombre latinizado de este río recibirá la nueva universidad la designación de «Viadrina», caracterizándose por haber mantenido contacto con sus miembros, bien personalmente, bien a través de la comunicación epistolar, personajes de la talla de Konrad Celtis, quien fue apodado «el archihumanista alemán», Erasmo de Rotterdam, Pietro Bembo y Melanchthon.

En general, la «Viadrina» destacó por el cultivo de un elegante latín y por la importancia de su Facultad de Derecho, que estuvo influida por las doctrinas de la escuela boloñesa hasta las posteriores recepciones del neoestoicismo de Justo Lipsio, que supuso el comienzo de la influencia de la ética de raigambre senequista merced a la difusión de su tratado *De Constantia Libri duo*, y del iusnaturalismo de Hugo Grocio. Esta última tendencia representó la transición de la influencia italiana de matiz individualista, típica del primer humanismo, al influjo holandés de naturaleza política y social, que es propio del humanismo tardío. Sin embargo, la autora comete un fallo al no dar en nota marginal la referencia bibliográfica exacta de los calificativos de «Biblia del humanismo tardío y del espíritu supraconfesional», que G. Oestreich otorga a la antedicha obra de Justo Lipsio.

Estudiando Margarete Kühn las principales figuras de la «Viadrina», constituye un acierto innegable el análisis de las disparidades existentes dentro de los humanistas de principios del siglo XVI, entre el orador Vigilancio, quien es el introductor de la mitología clásica en la literatura brandenburguesa, pero quien únicamente conocía las obras griegas a través de versiones al latín, y el poeta Esticampiano, quien dominaba ya la lengua de Platón. Igualmente es preciso colocar en el haber de la autora la exactitud con la que se refiere a la incidencia en esta universidad del «espíritu de Wittenberg» en general y de la figura de Melanchthon en particular, a raíz de la introducción de la Reforma en la Marca de Brandenburgo en 1539, así como la

mención del nacimiento de los estudios numismáticos en el futuro territorio prusiano por obra de Matthaeus Hostus.

No obstante, considero que Margarete Kühn se equivoca al atribuir el apelativo de «divus», que Vigilancio concede a Joaquín I, a una imitación del calificativo que Ulises recibe en *La Odisea*, pues dado que el citado orador desconocía el griego, resulta más lógico suponer que imitara las menciones que a cada uno de los césares divinizados («divus») aparecen en Suetonio. Por último, la autora finaliza el capítulo con un salto muy brusco entre la extensión de la fama de la «Viadrina» más allá de los límites del Sacro Imperio, que tiene lugar a comienzos del siglo XVIII, y su clausura que se produce el 10 de agosto de 1811. La sucesora legal de la «Viadrina» fue la Universidad de Breslau, a la que fueron trasladados los archivos y la biblioteca. Quedan, empero, acerca del presente asunto tres temas interesantes que la Kühn no ha tratado y que son, en primer lugar, si a lo largo del siglo XVIII la Universidad de Francfort del Oder había experimentado algún proceso de decadencia; en segundo término, las verdaderas causas de su clausura, y finalmente, si existe alguna relación entre este postrer evento y la puesta en funcionamiento en 1810 de la «alma mater berolinensis».

La misma tratadista se ha ocupado de redactar el segundo capítulo que se titula «Sobre la comprensión de la antigüedad en la corte de Berlín desde el príncipe elector Joaquín II hasta el rey Federico el Grande». En su contenido parte de la base de que así como en el siglo XVI, el Renacimiento y el Humanismo aportan el sustrato necesario para la recepción del espíritu de la antigüedad, en tiempos del Gran Elector y de Federico I, el absolutismo se asienta también sobre ideas antiguas. A tal efecto, Margarete Kühn efectúa un análisis de las distintas fases de la recepción de la antigüedad en la corte de Berlín. En este empeño han de contabilizarse a su favor aciertos como la exposición del surgimiento del interés por las monedas antiguas durante los gobiernos de Joaquín II y de Jorge Guillermo, el padre del Gran Elector, y su caracterización del mandato del antedicho Gran Elector como la etapa de máximo esplendor del absolutismo, en la que las representaciones apoteósicas del príncipe en el arte imitan las figuraciones antiguas de dioses y héroes.

Constituye igualmente un argumento en favor de la calidad del trabajo de la Kühn el estudio de la influencia de los autores clásicos en los escritos de Federico «el Grande», y así en sus tratados morales se advierte un claro influjo del estoicismo, en el vigésimoprimer capítulo del *Antimaquiavelo* aparece una cita de Cicerón (*Pro Ligario*, 7), en su carta al mariscal Von Keith llama textualmente a Marco Aurelio, «mon héros, mon modéle», menciona a su vez en la *Geschichte meiner Zeit* tanto la producción literaria de Jenofonte, Tucídides y Polibio, como las *Cartas a Atico* de Cicerón y los *Commentarii* de César, y finalmente es obvia la incidencia de los *Epitoma rei militaris* en la concepción de sus *Generalprinzipien des Krieges*. Poseía asimismo Federico II un buen conocimiento de la evolución histórica del Derecho romano en la obra titulada *Ueber die Gründe Gesetze einzuführen oder abzuschaffen*, aunque en su contenido paga el tributo a la erudición historicojurídica de la época al otorgar un papel relevante en la gestación de las más primitivas fases del «ius» a Rómulo y a Numa Pompilio.

Sin embargo, la autora comete varias inexactitudes. En primer término le falta extraer la conclusión de que al gobierno de Joaquín II se le puede calificar desde el punto de vista artístico de etapa de transición, máxime cuando manifiesta que si la decoración del «Schloss» que este príncipe elector se hace construir en Berlín, es ya renacentista, la «Erasmuskapelle» pertenece aún al gótico tardío. Igualmente no ha

debido la Kühn de incorporar en el presente capítulo la figura de Lucas Cranach «el Viejo», pues este pintor pasó su vida en Sajonia pese a haber nacido en la localidad francona de Kronach, y el hecho de que su óleo *La ninfa de la fuente*, que Margarete Kühn estudia minuciosamente, se encuentre en Berlín, concretamente en el castillo de caza de Grunewald, no autoriza a considerar a Cranach un exponente del arte renacentista de la Marca de Brandenburgo.

En tercer lugar, cierto es que Federico I, después de la adopción en 1701 del título de rey de Prusia, se hace llamar «Pater Patriae Augustus» en las leyendas de sus monedas y «Parens Patriae Augustus» en la Puerta de la Fortuna de Potsdam, al igual que como nuevo Octaviano otorga al Gran Elector en un epígrafe del «Schloss» de Berlín el apelativo de «divus», pero también es verdad que durante el siglo XVIII los monarcas prusianos siguieron considerándose electores del «Santo Imperio Romano», tal como aparece en la dedicatoria a Federico II de la *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels* de Immanuel Kant, obra que en 1755 apareció en Königsberg (ed. E. Cassirer, *Kants Werke. Erster Band: Vorkritische Schriften*, Berlín, 1911, p. 219). Finalmente, al referirse al cambio por obra de Federico II del topónimo «Rheinsberg» por el de «Remusberg», la tratadista hace alusión al discutible hallazgo por un profesor de Rostock durante el siglo XVI de un manuscrito en el Vaticano, que contenía la leyenda de que Remo, expulsado de Roma por Rómulo, huyó al norte, en donde fundó una ciudad junto a un lago. Pero en lo concerniente a este tema, hubiera sido deseable que la Kühn hubiese dado el nombre del descubridor rostockés, y profundizado tanto en los orígenes de la leyenda como en las circunstancias de la aparición del susodicho manuscrito.

Christian Theuerkauff se ha ocupado de escribir el capítulo dedicado a la cámara de arte brandenburguesa-prusiana de Berlín, que reunida en el siglo XVI, experimentará primeramente la división barroca entre «Naturalia» y «Curiosa Artificialia», y sólo en 1830 se separarán las obras de mayólica, las medallas, las armas y los vasos, que fueron a parar al «Zeughaus», edificio que se hallaba situado junto al «Antiquarium», de las esculturas y antigüedades, cuyo destino fue la colección de estas últimas. Afirma el autor que la antedicha cámara de arte fue constituida mediante la agregación a la denominada «Cámara de plata de los Hohenzollern», ya existente en el siglo XV, de un gabinete de curiosidades y de monedas, de un estudio humanístico y de una serie de tesoros de origen tanto secular como eclesiástico. Sin embargo y por lo que a estos últimos respecta, falta el análisis del problema de si influyó en su apropiación por parte de los príncipes electores la secularización de los bienes de la Orden Teutónica que fue realizada en 1525 por un Hohenzollern, concretamente por Alberto de Brandenburgo, e igualmente si incidió en su formación la aceptación en la Marca de la Reforma, suceso que acaeció catorce años más tarde.

Tras la participación de Ulrich Gehrig acerca de las colecciones de antigüedades en la misma cámara de arte de Brandenburgo, desde el primer inventario verificado en tiempos del elector Jorge Guillermo, cuyo gobierno se extiende entre 1619 y 1640, y en el que aparecen «monedas romanas» además de «algunas gemas y bronce», procedentes verosimilmente de las zonas renanas dominadas por los brandenburgueses, hasta la incorporación en el siglo XIX de las colecciones del general Von Minutoli, del cónsul Bartholdy y del barón Von Koller, aparecen una serie de catálogos. Estos son: el relativo a los antiguos objetos de las colecciones que provienen del ducado de Cléveris, que se hallaba situado en la Renania, y su publicación en el siglo XVII, que ha sido elaborado por Rolf Bothe; el de los bronce, obra que es de Ulrich Gehrig; el de Sepp Gustav Gröschel sobre las tres colecciones de gemas que se reunieron en la

capital prusiana hasta el reinado de Federico «el Grande», y que son, la de los electores de Brandenburgo, formada esencialmente por el Gran Elector y por el rey Federico I de Prusia, la colección margravesca de Ansbach, incorporada hacia 1758, y por último, la del barón Philipp von Stosch, que fue adquirida en 1764. La presente serie de catálogos concluye con el de Christian Theuerkauff sobre las esculturas y relieves anticuaristas que se encuentran en la mencionada cámara de arte de Berlín, en el que en virtud de la representación escultórica del Gran Elector como San Jorge que realizó Gottfried Christian Leygebe en 1680, el antedicho tratadista expone las interesantes ideas de que existe un evidente influjo de la estatua romana de Marco Aurelio en los retratos ecuestres de príncipes barrocos, e igualmente de que las figuraciones de San Jorge y el dragón contemplan su origen en la iconografía de Perseo y la Quimera.

A Liselotte Wiesinger pertenece una buena aportación relativa a los pintores berlineses que florecen en torno a 1700 y a la fundación de la Academia de las Artes y de las Ciencias Mecánicas. Cierto es que a pesar de haber sido fundada la Academia en 1696 por el príncipe elector Federico III, el futuro rey Federico I de Prusia, en la pintura alemana de los años iniciales del siglo XVIII no se aprecia el mismo dirigismo, que en Francia se halla personificado por determinados pintores de corte como Le Brun. No obstante, pienso que es posible completar la teoría de la autora de que el grabado del pintor clasicista Agustín Terwesten, que con el título de *Hércules matando a la Hidra* se conserva en el «Rijsprentenkabinett» de Amsterdam, contiene «un paisaje urbanístico de tipo fantástico», con la idea de que la tal representación responde en mayor medida a las arquitecturas ideales de *La Adoración de los Magos* (Madrid, Museo del Prado) o de *La construcción de la Torre de Babel* de Brueghel «el Viejo» (Viena, «Kunsthistorisches Museum»), que a la representación de la Ciudad Eterna, muy germánica pero con estructuras reales, que aparece en el *Mucio Escévola* de Hans Baldung Grien, que se encuentra en la Galería de Dresde.

Gertrud Platz-Horster estudia por su parte la historia de la colección de vaciados en yeso de Berlín, cuyo emplazamiento no se fijó hasta 1852, aprovechando la reserva de la isla del Spree para actividades científicas y museísticas mediante la orden de Federico Guillermo IV fechada el 8 de marzo de 1841, si bien hubiera sido deseable ver en su trabajo mayores dosis de profundidad a la hora de investigar el espíritu artístico y anticuarista de este soberano, que se aprecia asimismo en sus deseos de terminar definitivamente la catedral de Colonia. A su vez, Fritz-Eugen Keller se ocupa de los arcos de triunfo en la arquitectura berlinesa de los siglos XVII y XVIII, partiendo de la base de que pese a haber renacido a principios del XVI los arcos de triunfo en la arquitectura profana, concebidos a la manera de puertas de honor, la costumbre de edificarlos no llega a Brandenburgo hasta la época del Gran Elector. Empero, la presente exposición carece de la explicación de la causa de este fenómeno, que puede deberse o bien a un menor desenvolvimiento cultural de Brandenburgo, o bien a los graves destrozos ocasionados en la Marca en el decurso de la Guerra de los Treinta Años. Asimismo es factible añadir la idea de que el proyecto de monumento a Federico II ideado por Friedrich Gillys, es un ejemplo de arquitectura iluminista, pues la afirmación que concierne a Boullée efectúa J. M. Pérouse de Montclos (*Etienne-Louis Boullée, 1728-1799. Theoretician of Revolutionary Architecture*, traducción inglesa de J. Emmons, Nueva York, 1974, p. 31), de que este arquitecto francés se rebela contra el ideal arquitectónico griego preconizado por Winckelmann, y vuelve sus ojos al «architectural idiom of the Romans», es perfectamente aplicable a Gillys.

El capítulo de Tilo Eggeling versa sobre la recepción de la antigüedad en la Prusia

de Federico «el Grande» a través de los ejemplos de la Iglesia de Santa Eduvigis y de la Opera. En su contenido postula este tratadista que el modelo del primero de ambos edificios es el Panteón de Roma, que también sirvió de fuente de inspiración a la sala oval de mármol del Palacio de Sanssouci y a la Iglesia Francesa de Potsdam. Igualmente, la construcción de la Opera de Berlín en Unter den Linden consagró la fama de G. W. von Knobelsdorff como arquitecto clasicista, teniendo la decoración de este edificio influencias de Palladio en el exterior y de la rocalla francesa en su parte interna. Helmut Börsch Supan se encarga de analizar la producción pictórica desde Federico «el Grande» hasta Federico Guillermo IV. Dentro de su ponencia es muy interesante su consideración del óleo de Albert Eichhorn, *Caritena en Arcadia* (Berlín, «Nationalgalerie»), como un exponente de la ruptura con el consabido tema del «et in Arcadia ego». Y aunque al analizar el óleo de Karl Ludwig Kuhbeil que con el título de *Foresta Sagrada* se conserva asimismo en la Galería Nacional berlinesa, Börsch-Supan menciona como cultivadores de la temática arcádica a Nicolás Poussin por su obra *Los pastores de Arcadia* (París, Museo del Louvre) y a algunos pintores prusianos como Johann Heinrich Wilhelm Tischbein, Jacob Philipp Hackert, Karl Wilhelm Kolbe «el Viejo», Johann Christian Reinhardt y Adam Friedrich Oeser, falta por citar otro ejemplo muy representativo como es Claudio de Lorena con su cuadro *Et in Arcadia ego* (Roma, Galería Doria-Pamfili).

Claus Korte titula su aportación «La variada representación de la antigüedad en la pintura y las artes gráficas de Berlín desde Adolph Menzel hasta la actualidad», y en su desarrollo afirma que la Prusia guillermina practicó un retrato de tipo romano como representación del poder imperial frente al clasicismo dieciochesco que hacía hincapié en el papel desempeñado por la ciudad de Berlín de heredera de la «polis». Con objeto de otorgar mayor fuerza a esta afirmación se podría aducir la imitación del arte musivario de Ravena en los mosaicos de la Iglesia Conmemorativa del Emperador Guillermo, que tratan de dar la idea de que este último es el nuevo Justiniano, siendo asimismo muy interesante la mención del autor a la influencia de lo dionisiaco de Nietzsche en la producción pictórica de Lovis Corinth frente al reinado de lo apolíneo en el arte clasicista anterior. Por su parte, Lothar Schirmer escribe acerca del teatro durante los siglos XIX y XX, y si bien es verdad que con la fundación en 1786 del Teatro Nacional en Berlín se impusieron los principios historicistas propugnados por August Wilhelm Iffland que dominaron la escena de la capital prusiana hasta los bocetos de Karl Friedrich Schinkel que fueron diseñados en 1816 para una representación de *La Flauta Mágica* de W. A. Mozart, estos últimos supusieron una evidente ruptura, pero no llegaron a los extremos innovadores de los que con vistas a una producción londinense de la misma obra fueron proyectados por Simon Qualio dos años más tarde.

El capítulo de Hellmut Flashar se titula «Sobre Félix Mendelssohn-Bartholdy y su música para la *Antígona* de Sófocles», y en su contenido se percibe la carencia de un estudio musicológico del tema. Peter Bloch se ocupa, por su parte, de la evolución de la estatuaría berlinesa del siglo XIX y su relación con la antigüedad. En su intervención defiende que el influjo del clasicismo se da sobre todo en el arte monumental, que adquiere gran incremento a raíz del fin de las campañas bonapartistas, advirtiéndose en su decurso, sobre el que incide la llegada en 1880 del altar de Pérgamo a Berlín, una evolución desde el «pathos» heroico propio del término de la epopeya napoleónica, hasta la época de Guillermo II, en la que se considera al clasicismo como el exponente de la obligatoriedad de representar una humanidad ejemplar.

Jutta von Simson escribe acerca de los proyectos para el monumento que se pensaba consagrar en Berlín a la memoria de Federico «el Grande». De los susodichos proyectos, que se idearon durante la última década del siglo XVIII, le falta manifestar a la autora que tanto el ya estudiado de Gillys como el de Carl Bach, este último en forma de pirámide, constituyen sendos ejemplos de la arquitectura iluminista, con paralelos en los sepulcros imaginados por Jean-François de Neufforge y de Etienne-Louis Boullée (vid. E. Kaufmann, *La Arquitectura de la Ilustración. Barroco y Posbarroco en Inglaterra, Italia y Francia*, versión castellana de J. G. Beramendi, Barcelona, 1974, láminas 120, 121 y 146). Al llegar a este punto es interesante interrogarse acerca del papel que desempeñan a fines del siglo XVIII los monumentos conmemorativos de estructura piramidal, arrojando mucha luz al presente respecto la noticia de Nicolás Díaz de Benjumea, expuesta en su libro *Las Costumbres del Universo*, dado a la estampa en Barcelona en 1865, de que tras la muerte de George Washington se pensó en Estados Unidos erigir en su honra una pirámide de mayores dimensiones que la de Keops.

La misma tratadista analiza a continuación las columnas conmemorativas de Berlín, de las que afirma que responden a los fines ya preconizados en la antigüedad por Plinio (*Naturalis Historia*, 34, 27), siendo muy digna de interés su idea de que la Columna de Focas del Foro Romano influye en la forma y en las dimensiones de la columna conmemorativa de la batalla de Waterloo, que se encuentra en la antigua «Belle Alliance-Platz». Willmuth Arenhövel estudia la evolución de la manufactura y de la artesanía de Berlín, indicando que el arte de la fundición en hierro llegó a ser la manufactura más característica del clasicismo prusiano. Habiéndose encargado Winfried Baer del influjo de la antigüedad en la fabricación de la porcelana berlinesa, demuestra que desde la inauguración de los primeros talleres entre 1751 y 1757 por obra de Wilhelm Caspar Wegely, es obvio el influjo de la antigüedad clásica, que en torno a 1870 será sustituido por variaciones fantásticas sobre temas antiguos. Por su parte, Carl-Wolfgang Schumann analiza las tendencias anticuaristas en la plata berlinesa, poseyendo enorme interés la noticia de que si bien ya existían en la ciudad platerías durante la segunda mitad del siglo XVII, éstas carecieron de importancia hasta el reinado de Federico II, pues anteriormente la plata utilizada por la corte de Prusia se fabricaba en Augsburg.

Después del estudio del mobiliario, en el que Dietmar Jürgen Ponert dice que existe una tajante uniformidad desde época de Federico «el Grande» hasta 1900, aunque hubiera sido deseable que el tratadista hubiese especificado si esa ruptura se debe a la aparición del modernismo, viene el capítulo que Wolf D. Kühnelt dedica a la recepción anticuarista en la fabricación de instrumentos musicales en Berlín. Sin embargo, a su afirmación de que se inventa a comienzos del siglo XIX la guitarra-lira para el acompañamiento de textos antiguos, le faltan ejemplos, máxime cuando del hecho de que el «lied» de W. A. Mozart, KV. 351, «Komm, liebe Zither», esté escrito para voz humana y mandolina, cabría plantearse la posibilidad de que en la segunda mitad del siglo XVIII la mandolina fuese considerada la genuina sucesora de la vieja cítara.

Wolfram Hoepfner y Ernst-Ludwig Schwandner se ocupan del descubrimiento de los edificios griegos, y con respecto a su afirmación de que únicamente en 1830 se inician los viajes de arquitectos prusianos a Grecia, de modo que con anterioridad los susodichos arquitectos sólo tenían conocimiento del arte helénico a través de la contemplación de los templos dóricos de Paestum y Agrigento, se puede objetar que los autores del presente capítulo no colocan el sintomático ejemplo de Goethe, quien

viaja a Italia, pero no a Grecia. De otra parte, Hoepfner y Schwandner tampoco se refieren a la probable influencia en la génesis de los viajes científicos a la Hélade tanto del filohelenismo, surgido a raíz de la lucha independentista del pueblo heleno y que constituye un sentimiento que en la segunda década del siglo XIX se extiende por toda Europa, como de la candidatura de dos príncipes alemanes, Leopoldo de Coburgo y Otón de Baviera, al nuevo trono de Grecia. A su vez, estudia Rolf Bothe la recepción de la antigüedad en los edificios y esbozos arquitectónicos de la capital de Prusia entre 1790 y 1870, partiendo de la idea de que en esta ciudad no se rompe con el barroco tardío de Federico «el Grande» hasta la construcción por Carl Gotthard Langhans en 1789-1790 de la Puerta de Brandenburgo. En el presente capítulo constituyen innegables aciertos las teorías de que la «villa» antigua supone un modelo de las mansiones señoriales y de que si las descripciones de villas de Plinio «el Joven» influyen en su edificación desde el Renacimiento, en el siglo XVIII inciden asimismo el descubrimiento de Pompeya y el conocimiento del palacio de los emperadores en el Palatino. No obstante, yo añadiría a este postrer influjo el representado por el hallazgo de Herculano, de cuya importancia se posee confirmación en la incidencia sobre Winckelmann de la labor bibliográfica desarrollada desde 1755, año de su fundación, por la Academia Herculánea.

Tras el apartado de Rolf Bothe y de Sepp-Gustav Gröschel dedicado a la consideración monográfica del «Schloss Glienicke» y el de Eva Börsch-Supan, que con idéntico planteamiento se ocupa del «Schloss Lindstedt», edificaciones en las que trabajaron respectivamente K. F. Schinkel, L. Persius y F. von Arnim en la primera y los dos últimos en la segunda, Wolfram Hoepfner y Ernst-Ludwig Schwandner consagran un capítulo a la investigación arqueológico-arquitectónica. Extendiéndose su contenido desde mediados del siglo XVIII hasta la labor topográfica que iniciaron los discípulos de Robert Koldewey, como Daniel Krencker en las ciudades romanas del Rin, Walter Andrae en Assur, y Heinrich Lenzen y Ernst Heinrich en Uruk-Warka, resulta muy interesante su afirmación de que el ejemplo de Federico Guillermo IV trajo consigo el comienzo del interés por las antigüedades paleocristianas y bizantinas, al igual que su cita del descubrimiento de la existencia de policromía en la arquitectura griega. A su vez, Stephan Waetzoldt se ocupa del estudio de los edificios de la isla de los museos, observando con gran justeza las mutaciones introducidas en el primitivo plan de Schinkel por el paso del ferrocarril metropolitano a través de su recinto y por las ansias de grandeza de los últimos Hohenzollern. Dentro del presente contexto resulta muy clara la diferencia que Waetzoldt efectúa entre las más antiguas construcciones de la isla de los museos como el «Alte Museum» de Schinkel y el «Neues Museum» de Stüler, sucesoras ambas del clasicismo de Langhans, y el neobarroco guillermino del «Kaiser-Friedrich-Museum», si bien en lo concerniente a este postrer edificio, es una lástima que el autor del presente capítulo no mencione a Ihne, quien fue su arquitecto.

Wolf-Dieter Heilmeyer y Hartwig Schmidt estudian los motivos antiguos en las casas de alquiler berlinesas de la segunda mitad del siglo XIX. Ambos autores dividen su trabajo en los respectivos análisis de las casas de alquiler y de las fachadas, y de los capiteles, que adoptaron las teorías de Boetticher sobre las mezclas de capiteles jónicos y dóricos, que contemplan su origen en Piranesi. También se ocupan de los frisos y molduras, dentro de los cuales son muy característicos de la arquitectura berlinesa tanto los que se encuentran entre los pisos, como los que sirven para recalcar el piso noble, influyendo asimismo Boetticher en la presencia de motivos clásicos. Otros apartados son los relativos a la constitución de la fachada, que

normalmente está hecha en estuco, a las molduras, que imitan a aquéllas que en forma de consola son típicas del arte imperial romano, a las ventanas, en las que se aprecian influencias del «Eretheion» y del Templo Redondo de Tivoli, y finalmente, a las figuras de soporte. Si en lo concerniente a estas últimas aparece la exacta idea de que pasan a la arquitectura de la capital prusiana desde el palacio de Potsdam-Charlottenhof, cuya construcción había sido ordenada por Federico Guillermo IV, la labor de Heilmayer y de Schmidt presenta, no obstante, dos desaciertos. El primero radica en que si bien es verdad que en el transcurso del siglo XIX pasa Berlín de ser una residencia principesca con 182.000 habitantes en 1804 a convertirse en una metrópoli industrial y en la capital del Imperio alemán, falta una exposición de censos que permita observar con claridad la subsiguiente evolución demográfica. A su vez, estriba el segundo yerro en que a la hora de estudiar la influencia de Schinkel sobre las viviendas situadas en Mehrgidamm 53 y en Nostizstrasse 40, no da los nombres de los arquitectos que las construyeron.

El capítulo de Fritz Neumeyer que se titula «El clasicismo como problema. La arquitectura berlinesa en el siglo XX», a la hora de enfrentarse con la problemática del nacionalsocialismo, manifiesta acertadamente que uno de sus precedentes es la embajada alemana en San Petersburgo, que fue erigida por Peter Behrens, aunque su información sobre la arquitectura de ese periodo puede ser completada por el libro de Anna Teut, *Architektur im Dritten Reich* (Gütersloh, 1967), trabajo que Neumeyer no cita. Por su parte, Volker Michael Strocka y Hans Georg Kolbe estudian la trayectoria del Instituto Arqueológico Alemán en los ciento cincuenta años de su existencia que discurren entre 1829 y 1979, aunque en la presente colaboración hubiera sido deseable que la infiltración nazi en esta institución se hubiese explicado más en extenso.

El mismo Volker Michael Strocka, con las colaboraciones de Adolf Borbein, Alexander Demandt, Joachim Selim Karig, Herwig Maehler, Egon Menz, Johannes Renger, Walter Trillmich, Wolfhart Unte y Karl-Theodor Zauzich, estudia los tratadistas berlineses que escribieron acerca de la antigüedad desde el siglo XVIII hasta el XX. Sin embargo, en su trabajo se siente en falta una referencia a los trabajos relativos al Derecho Romano, con particular hincapié en la actuación en este campo de figuras como Niebuhr, Savigny y Mommsen, y asimismo resulta extraño que después de haber nombrado como cultivador de la historia eclesiástica a Adolf von Harnack, no exista ni la más pequeña mención a Hans Lietzmann. Finalmente, concluye el presente libro con el análisis de las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo por berlineses, capítulo éste que ha sido realizado por Wolfram Hoepfner y Ernst-Ludwig Schwandner con la colaboración de Uwe Finkbeiner en lo relativo a las campañas desarrolladas en Babilonia, y con la tabla cronológica, obra de Sabine Bohle. No obstante, a la labor de Hoepfner y de Schwandner le falta indicar con exactitud la cronología de las excavaciones de Eduard Schaubert en Atenas y de Richard Lepsius en Egipto, además de un análisis más profundo del personaje de Heinrich Schliemann. Dentro de este contexto, los antedichos autores han podido lograr un mayor provecho de la portada que dedicó a Sophie Schliemann la *Illustrierten Frauen-Zeitung* de Berlín, en su número correspondiente al 13 de septiembre de 1880, con vistas a discernir si la esposa del eximio arqueólogo llegó a ser un ídolo feminista en Prusia y en el Imperio alemán.

De todo lo expuesto es posible afirmar que es ésta una obra magna de la ciencia alemana en la actualidad, que estudia en su práctica totalidad la influencia en la vida cultural berlinesa de la civilización antigua, tanto la concerniente al mundo clásico

grecorromano, como la que hace referencia al Oriente Cercano. pero a mi parecer, carece el presente libro de analizar una cuestión importante, como es si la llegada a la Marca de Brandenburgo de los hugonotes expulsados de Francia por Luis XIV, en el momento de la revocación del Edicto de Nantes, incidió en el desenvolvimiento en Berlín de la «Altertumswissenschaft».

GONZALO FERNÁNDEZ

URBANO ESPINOSA RUIZ: *Calagurris Iulia*, Colegio Oficial de Aparejadores y A. T. de la Rioja y Excmo. Ayuntamiento de Calahorra, Logroño, 1984, 353 pp., ISBN.: 84-7359-196-8.

Este último libro de Urbano Espinosa tiene un doble interés por cuanto que en él se reúnen tanto el exhaustivo estudio sobre la evolución del municipio calagurritano como un nuevo concepto a la hora de abordar los estudios de tipo puntual desde perspectivas amplias.

Con frecuencia se achaca a los trabajos de investigación local una falta de rigor científico y, efectivamente, hay muchos ejemplos que avalan esta opinión. Pero también es cierto que no se puede aplicar un criterio generalizador en este sentido. Plantear la necesidad de hacer una historia universal prescindiendo de los estudios parciales o de tipo local sería ignorar el objeto mismo de nuestro trabajo.

Evidentemente, cuando el historiador pretende objetivar las razones del proceso histórico, debe hacerlo siempre desde una perspectiva de altura, partiendo de unas premisas o esquemas universalistas, pero siempre debe insertar en ellas los resultados de una investigación de tipo local sin los cuales sus asertos no podrían ser probados. Bien es cierto que en algunas ocasiones se han confundido los estudios de tipo local o puntual con el «localismo», forjado sobre bases de erudición local tendente a distorsionar la realidad en provecho propio; pero hoy día, el investigador debe saber objetivar estos resultados y descubrir en cada momento la voluntad de rigor científico que anima al autor de un trabajo de este tipo.

Si para construir una historia de tipo universal hay que partir de una base parcial, no es menos cierto que esta última precisa de conocimientos generales para poderse elaborar. Es de todo punto imposible descubrir un proceso histórico en un municipio si previamente no se incardinan sus circunstancias específicas dentro de los patrones que animan la evolución en los demás, o si deliberadamente se ignoran las circunstancias generales que impulsan un momento histórico concreto en cada comunidad. En fin, no es posible deslindar *a priori* la historia local de la historia universal, puesto que ambas se complementan y se precisan.

En el momento actual de la investigación de la España antigua se hacen más necesarios que nunca los trabajos de tipo local, puesto que nos es preciso conocer los pequeños detalles que animan los procesos, así como las particularidades que explican las anomalías con respecto a otras regiones. Está debidamente probado, y hay multitud de ejemplos que avalan esta opinión, que cuando se conocen las líneas generales de un periodo histórico, la «superespecialización» del investigador en un área o momento preciso aporta resultados sorprendentes que sólo él puede conseguir.

El trabajo sobre *Calagurris Iulia* se inscribe en el tipo de monografías sobre núcleos urbanos de Hispania que se está revitalizando en los últimos años (estudios